

antiguas costumbres, y la dirección de sus escuelas y de sus iglesias bajo la responsabilidad de arcontes ó demogerontes. No sólo la práctica sino también el estudio de su lengua habían contribuido á conservar en ellos la conciencia de la unidad nacional. Los Turcos les permitían además el libre ejercicio de su religión y daban á su patriarca un lugar eminente al lado de la Sublime Puerta: tan lejos llevaban los vencedores la tolerancia del desprecio, que los ortodoxos griegos pedían á Dios y á los santos en sus oraciones diarias la destrucción de los bárbaros, es decir, de los Turcos, sus dominadores¹.

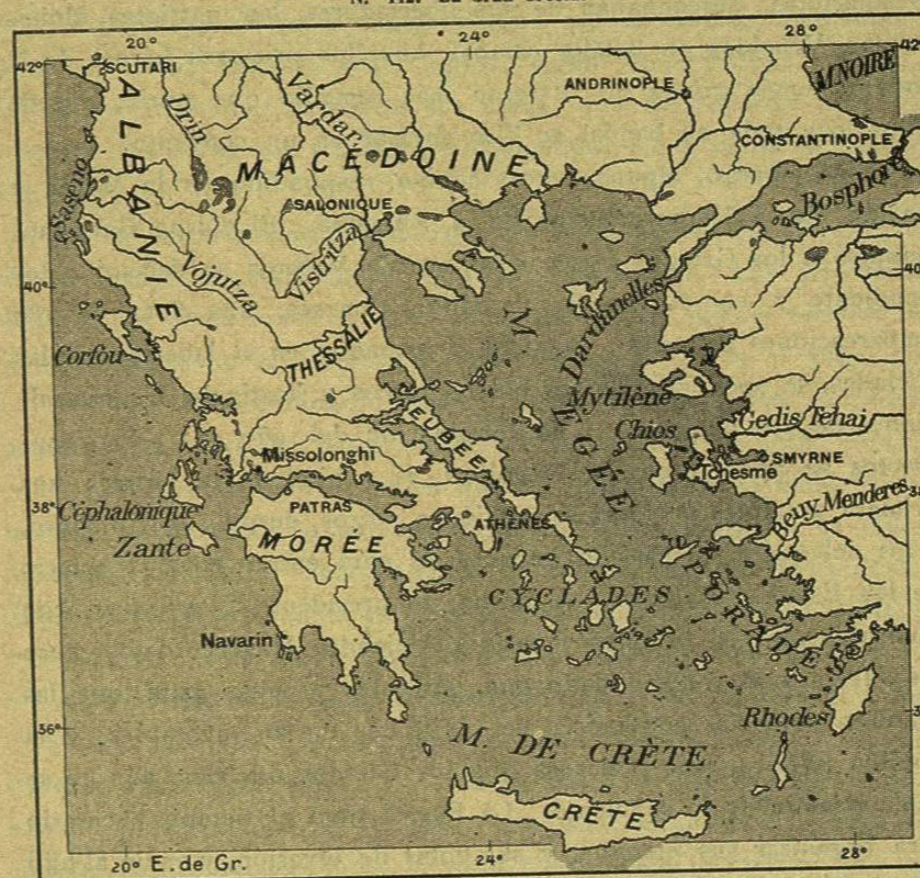
La apropiación de las tierras por los pachás turcos perjudicó á los Griegos desposeídos, obligándoles á inclinar su genio nacional hacia la industria y sobre todo hacia el comercio: ese cambio de trabajo tuvo por consecuencia entregar todo el movimiento de los cambios á hombres que por su nombre, su lengua, su apariencia misma y frecuentemente por su propaganda activa, eran los portadores del espíritu de independencia y en todos los puntos del Oriente helénico unían los elementos de una constante conjuración. Por último, aún existían Griegos que, á pesar de la conquista mahometana, habían sabido guardar intacto el tesoro de su nacionalidad: eran los Armatoles de Tracia, de Macedonia y de Tesalia, que se albergaban en los altos valles, en las mesetas escarpadas, y que, gracias á la complicidad de los campesinos de abajo, solían presentarse repentinamente en las granjas de los Osmanli; eran también los Klephtas, ó bandidos del Epiro, del Parnaso y del Taigeto, que defendían fieramente su «libertad sobre la montaña». Esos bandidos fueron los Griegos por excelencia y suministraron sus más atrevidos, sus más tenaces campeones á la libertad renaciente de la nación. Entre ellos continuó el florecimiento literario del idioma, enriqueciéndole con sus soberbios cantos, que llegaron á ser casi una epopeya durante la guerra de la Independencia.

Al final del imperio napoleónico, unos Griegos patriotas se dirigieron á los diplomáticos reunidos en Viena pidiéndoles que comprendieran la Helade en su plan de recomposición del equilibrio

¹ A. Genadios, *La Grèce Moderne et la Guerre de l'Indépendance*, trad. por Louis Ménard.

européo: pero su petición fué rechazada desdeñosamente; no les quedaba más recurso que contar consigo mismos y constituirse en distintos puntos en sociedades secretas, ya para cultivar sencillamente su ideal, ya para preparar las conspiraciones en vista de la revolución

N.º 442. La Gran Grecia.



1: 7 500 000

0 100 200 400 Kil.

futura. Así se fundaron ó desarrollaron las sociedades atenienses de los Filomus, y después en Tesalia la Hetairia ó «camaradería fraternal», que inspiraba el poeta Constantino Rhigas. En 1821 se sublevaron unos hetairistas en Rumanía, contando con el prestigio de su jefe, el príncipe Alejandro Ypsilanti, que era hijo de un hospodar válaco y general ruso: acaso esperaban también la intervención del emperador de Rusia, á quien atribuían la piadosa ambi-

ción de intentar la reconstitución del imperio de Bizancio; pero la Santa Alianza no permitió á los soberanos de Europa entenderse con rebeldes: éstos fueron pronto abandonados de todos, lo mismo de sus poderosos aliados que de la población servía y de los campesinos rumanos, quienes, aunque odiando á sus dominadores turcos ó fanariotas, desconfiaban de sus libertadores, los patriotas filohelenos. Vencidos en batalla campal, aquellos primeros héroes de la independencia griega no tuvieron más remedio que morir; uno de ellos, con toda su banda, se hizo abrasar en un convento.

Sin embargo, algunas voces habían respondido en la Morea y en las islas á los insurrectos de la Rumanía. El obispo Germanos impulsó á los Griegos á tomar las armas, Mesenia se declaró independiente y, en el espacio de algunos meses, una flota de 180 embarcaciones pequeñas, jugando al escondite en el laberinto de las Cíclades, se apoderaba de los barcos turcos y hostigaba las guarniciones de los puertos. A la terminación del año 1821, los insurrectos se apoderaron de Tripolitza, la capital de la Morea; una primera asamblea nacional se reunió en Argos, después en Epidauró, y los delegados, demasiado impacientes para entrar en el concierto de los Estados europeos, se dieron un presidente ó *proedros*, con poderes reales, el príncipe fanariota Alejandro Mavrocordatos; pero los Helenos no habían dado aún bastantes pruebas para que las grandes potencias adoratrices del éxito les fueran favorables, y la opinión pública, más poderosa que los Estados oficiales, aún no se había conmovido lo suficiente. La Puerta tuvo el tiempo necesario para organizar sus ejércitos y sus flotas de invasión, y envió al hijo del virrey de Egipto, Ibrahim-Pachá, quien penetró en la Morea á la cabeza de 20,000 hombres prácticos en la táctica europea por oficiales franceses (1825). La devastación y las matanzas fueron horribles: la Morea se convirtió en una soledad, mientras que á la parte opuesta del istmo de Corinto, la ciudad de Missolonghi, donde se habían refugiado miles de Griegos y de Filohelenos, entre ellos el gran poeta Byron, sufrió cerca de un año de sitio, que terminó por una heroica salida que se abrió paso á través del ejército sitiador, y la explosión de una ciudadela que confundió en las mismas ruinas los cadáveres de amigos y enemigos (1826). Entonces cre-

yeron las potencias llegado el momento «de interceder por los Griegos», impulsadas por el ardor de los filohelenos, que de todas partes enviaban hombres y dinero. Tres extranjeros fueron colocados en primer término para la dirección de los negocios, Capo d'Istrias, un protegido ruso, como presidente; Cochrane, ya ilustre por su participación en la independencia sud-americana, como almirante en jefe; Church, otro inglés, como generalísimo. Rusia, Inglaterra y Francia enviaron sus flotas, que destruyeron casi sin combate los barcos de Ibrahim-Pachá reunidos en la bahía de Navarín (1827).

Ya había terminado la guerra: sólo faltaba despejar la Grecia de los rezagados musulmanes que aún quedaban. Las potencias dictaron las condiciones de paz, reconociendo en primer término el señorío feudal de la Puerta, é imponiendo á Grecia el pago de un tributo, pero terminaron, no obstante, por reconocer la independencia absoluta del pequeño reino. La historia moderna ofrece pocos ejemplos de una lucha en que los rebeldes hayan dado pruebas de mayor valor y perseverancia que en esta guerra de independencia helénica. Cuando Grecia fué reconocida libre de la dominación turca, quedaban en su territorio exactamente 600,000 Helenos y Albaneses: «Para emanciparlos habían dado su vida 300,000 de los suyos... un tercio había desaparecido para dar la libertad á los otros dos tercios»¹. Ese valor de los Helenos suscitó en toda Europa grandísima admiración: desde la Revolución francesa no había experimentado la juventud semejante entusiasmo. Bajo el encanto de los recuerdos de la gran época, llegó á creerse que los héroes de la nueva Helade reanimarían el genio de la Grecia antigua, y puede decirse que la burguesía liberal se sintió entonces verdaderamente joven, embriagada de esperanza: le pareció que celebraba sus nupcias con el ideal.

Por lo demás, la emancipación política de una parte de Grecia no era más que el símbolo de la gran revolución que se realizaba en el mundo oriental. Como resultado, todos los Griegos se hallaban moralmente emancipados: lo que llamaban la «gran idea», es decir,

¹ Pierre de Coubertin, *Soc. Normande de Géogr.*, 1900, p. 147.

la solidaridad panhelénica, tomaba un cuerpo á cuyo alrededor debían gravitar en lo sucesivo, cualesquiera que fuesen las condiciones especiales de sus medios. Los Griegos, más que todos los otros pueblos, representaban realmente una «idea», debido á que la cuestión de lugar natal, de raza ó de lengua está en ellos completamente subordinada á la del voto personal. «¡Soy Heleno!» eso basta para que un Eslovo, un Válico, un Albanés, un hombre de una nacionalidad formada por descendencia pueda y deba ser realmente considerado como Griego. La voluntad hace la patria de elección; las circunstancias exteriores no son nada, sólo interesa la vida en la profundidad de su esencia¹. Hasta la cuestión de territorio, que tiene tanta importancia á los ojos de los patriotas de otras naciones, tiene un valor muy secundario para los Griegos. Pueden citarse como ejemplo los residentes del litoral del Asia Menor y los insulares del Archipiélago Turco, que son esencialmente helenos y conscientes de su raza, ardentísimos en su espíritu de cohesión nacional, pero que en manera alguna aspiran á ser súbditos del rey de Grecia, y, de antemano, desconfían de las infinitas molestias reglamentarias que les harían sufrir los burócratas del reino: les conviene más arreglarse con los Turcos, que no tienen la pretensión de imponerles un patriotismo otomano y les dejan vivir en comunidades distintas sin molestarles en sus congregaciones ni en sus escuelas. Los Griegos de Mytilini (Mitilene, Lesbos), de Esmirna y de Samos saben que son positivamente más libres y disfrutan de mayor prosperidad bajo la ruda tutela de los Osmanli que si estuvieran bajo la autoridad directa y centralizadora de los funcionarios atenienses, y esperan sin impaciencia la gran federación del porvenir. En realidad esa federación existe: los Griegos se reconocen en todas partes y se ayudan mutuamente de grupo en grupo, constituyendo su unidad moral fuera de los límites y fronteras políticas de la superficie.

Durante la guerra de la independencia helénica, la misma Rusia fué teatro de acontecimientos que atestiguaban el sentimiento de solidaridad que unían ya todas las naciones de Europa en un mismo

¹ Victor Bérard, *La Turquie et l'Hellénisme contemporain*, ps. 239, 240.

organismo. Tomando por pretexto la sucesión de Nicolás I al trono imperial en vez de su hermano mayor Constantino (1825), estallaron bruscamente conjuraciones políticas, que fueron fácilmente reprimidas por el terrible emperador que acababa de ceñirse la corona; pero el valor intelectual de los hombres que fueron condenados á muerte ó al destierro en el ejército del Cáucaso ó en las minas de Siberia hizo quizá más en pro del movimiento de las ideas en Rusia que lo que hubiera podido hacer un cambio de personal gubernamental ó la publicación de una carta constitucional. Los dekabristas ó «decebristas», así denominados por el mes en que estalló la revolución, dejaron tan noble ejemplo, una enseñanza tan elevada, que esta época puede ser considerada como el punto de partida del gran trabajo subterráneo realizado durante el siglo en las profundidades de la nación rusa.

Será en verdad en la historia de Rusia un hecho capital y de gloria eterna aquella conjuración de los dekabristas, en la que unos privilegiados nobles intentaron una revolución que no tenía más objeto que la destrucción de sus privilegios. Parece que se haya visto algo semejante en Francia en el siglo XVIII, cuando los nobles y los clérigos, libres de pensamiento y de lenguaje, se complacían en burlarse de las instituciones «sagradas» y de las «bases eternas de la sociedad», socavando, por decirlo así, el suelo sobre que sustentaban el trono y el altar; pero el movimiento ruso tuvo un modo de ser mucho más profundo. Los grandes señores y los prelados franceses, bastante inteligentes y perspicaces para presentir los acontecimientos inevitables, tomaban previamente su partido y, como galantes jugadores de dados, afectaban no dejarse conmover por los decretos del destino. El rey mismo se encogía de hombros al ver los signos precursores de la Revolución próxima, exclamando: «¡Detrás de mí, el diluvio!» Sin embargo, aquellos risueños burlones no supieron conservar hasta lo último su actitud de buen tono, y cuando se realizó la amenaza, cesaron en sus burlas y tomaron en serio aquellas ventajas de raza, de fortuna y de convencionalismos sociales que habían parecido despreciar. En Rusia, los Pestel, los Mouraviev-Apostol y sus compañeros eran mucho más sinceros: querían de todo corazón entrar como iguales en la sociedad de los

que antes les eran inferiores, y hallar en la libertad de todos la garantía de su propia libertad. Después, cuando llegaron los días de la represión, todos aquellos innovadores dejaron un ejemplo de nobleza y de valor que no se olvidará jamás.

Aquella explosión de fervor político corresponde á la rapidez del movimiento que se había producido en el alma rusa bajo la influencia de las ideas de la filosofía occidental. En la época de Pedro el Grande el czar fué únicamente á Europa á buscar ejemplos é instrumentos de reino, no ideas: la nación no tuvo parte alguna en aquella visita en que unos cortesanos póstumos hubieran querido ver la entrada de veinte millones de hombres en el mundo civilizado. Verdad es que después, por una especie de coquetería hacia la cultura de Occidente, la emperatriz Catalina hizo venir los filósofos á su corte, pero se guardó bien de aplicar á la administración de sus pueblos los consejos de su amigo Diderot. Sus cortesanos se apresuraron á hablar como ella el lenguaje á la moda, pero por mera afectación: «Se era filósofo como se hubiera sido verdugo, por servilismo»¹. El Tártaro aparecía por completo bajo la epidermis del Ruso. No obstante, el pensamiento aumentó siempre su influencia, y es indudable que las ideas, aunque superficiales, que sembraron los escritores extranjeros, encontraron en diversos puntos un terreno favorable; fué como un elemento más unido á los que prepararon la gran evolución del pensamiento.

Ya la aristocracia polaca, situada en un medio geográfico mucho más próximo á la Europa occidental, había participado en el movimiento de los pueblos del Oeste; puede decirse que la frontera variable de la verdadera Asia comenzaba al otro lado del reino de Polonia. Pero con las guerras del principio del siglo esa frontera se desplazó bruscamente: la nación rusa, removida en sus masas profundas, entró en relación de lucha y de exterminio con los ejércitos invasores de Napoleón. El conflicto comenzó por batallas en regla, y se terminó por una serie de matanzas y por la dispersión de la multitud de los invasores en la tormenta, pero quedaron, sin embargo, cambio de simpatías y de ideas, á pesar del furor de las

¹ Michel Bakounine, *Société Nouvelle*, Septiembre 1896, p. 322.

batallas y de la embriaguez de la sangre derramada. Para rechazar al extranjero la nación hubo de levantarse libremente; habíanse despertado las iniciativas personales: los esclavos, poniéndose al lado de sus señores, soñaron recuperar sus tierras. El gran impulso del pueblo fué al mismo tiempo una marcha hacia la libertad. Aún no estaba tratada la paz entre los soberanos que habían triunfado de los ejércitos de Napoleón, cuando ya nacía en Rusia la conspiración de los hombres que se sacrificaban para que el mundo moscovita entrara en la nueva vía abierta por la Revolución francesa; se lanzaban hacia el porvenir con toda la candidez de bárbaros jóvenes que no habían conocido jamás las dudas ni las ilusiones.

Toda Europa se hallaba entonces en estado de fermentación política: por todas partes se reclamaba el cumplimiento de las promesas

hechas por la Revolución ó por sus herederos en el poder, y principalmente en Francia se concentraba la lucha entre los partidos revolucionarios y los partidarios de la monarquía tradicional. Carlos X, el personaje sin prestigio que ocupaba el trono de Luis XIV, parecía escogido á propósito por el destino como un admirable ejemplo del sistema monárquico llevado al absurdo: faltó de toda inteligencia política, pero infatuado al mismo tiempo con



LOS CINCO DEKABRISTAS AHORCADOS (1826)

PESTEL, nacido en 1793; oficial y diplomático. Su programa comprendía: la tierra á los campesinos, la instrucción laica y obligatoria, una Rusia federativa.

RYLEIF, nacido en 1784; ex-oficial, poeta de mérito. Era «buen juez» en San Petersburgo en 1825.

BESTRUGEF-ROUMIN; oficial de marina, poeta, periodista. MOURAVIEV-APOSTOL, nacido en 1796; oficial. Refiere una leyenda que Romme, eludiendo mortal persecución y refugiado en Rusia, fué su preceptor.

KACHOVSKY, oficial retirado. El día del juramento al nuevo emperador mató á un general, tomándole por Nicolás.

su derecho divino, desafiaba á su pueblo, excitándole neciamente con leyes, decretos y ordenanzas, sin tener la fuerza necesaria para asegurar su ejecución. Los partidos más opuestos, republicanos é imperialistas, se habían reconciliado contra él. Tres días de revolución (1830), durante los cuales no fué resueltamente defendido más que por mercenarios extranjeros, bastaron para decidirle á la huída. Un hecho caracteriza al hombre: durante el viaje de Rambouillet á Cherburgo, donde se embarcó el 16 de Agosto para la isla de Wight, una de las grandes preocupaciones de Carlos X consistía en encontrar para sus comidas una mesa cuadrada; las mesas redondas no eran admitidas por la antigua etiqueta real. Después de una estancia de dos años en un palacio de la Gran Bretaña, murió olvidado en Austria.

Le reemplazó otro rey, el que el viejo Lafayette presentó al pueblo diciendo: «¡He aquí la mejor de las Repúblicas!» Pero Luis Felipe fué ante todo la burguesía triunfante: la Revolución que comenzó al final del siglo XVIII, no acabó completamente su obra hasta el advenimiento del «rey ciudadano». La gran industria, desarrollándose sobre el modelo suministrado por Inglaterra, se había apoderado de Francia y se daba una constitución de gobierno que, por medio del electorado censitario y el funcionamiento de las dos Cámaras, consolidaba el poder en manos de los propietarios de la tierra, de los ricos manufactureros y de los altos funcionarios. La sociedad legal, compuesta sobre poco más ó menos de un millón de electores, había realizado al fin su ideal después de sus dos experimentos fracasados: la reacción guerrera y la restauración. Las revoluciones suelen hacerse en dos veces antes que se consigan los resultados, y cuando vuelven al ataque por segunda vez ocurre por lo común que se presentan bajo una forma nueva y aun de apariencia contradictoria con la de su primera aparición. Así, por ejemplo, después de la victoria de la burguesía inglesa, representada por el *Commonwealth*, se realizó otra revolución que produjo la dictadura guerrera de Cromwell, y después la restauración de la dinastía legítima; pero menos de medio siglo después de la decapitación de Carlos I, la burguesía liberal y parlamentaria adquiría nuevamente su poder con Guillermo de Orange.

La revolución de «Julio», que había simbolizado en Francia el advenimiento de la clase media, instruída, emprendedora y ya rica, se propagó en el mundo europeo por una gran conmoción, y, en los puntos de equilibrio inseguro, por violentas convulsiones. En la vecindad inmediata de Francia, el pequeño reino de los Países Bajos, que se componía de dos mitades desproporcionadas por su



De una litografía de Decamps.

CARLOS X DE CAZA

historia anterior, rompió bruscamente la mancomunidad de la conveniencia política á que había sido condenado. Las poblaciones del Sud habían sido perjudicadas durante los quince años de unión oficial: los Walones de lengua francesa sufrían con impaciencia la obligación de someterse administrativamente al uso de un idioma que les parecía menos civilizado que el lenguaje materno; se quejaban también de la desigualdad de los impuestos, repartidos en detrimento suyo, y de las vejaciones de toda clase que habían de soportar incesantemente como un pueblo conquistado. Por otra parte el clero, todopoderoso en Flandes desde la época terrible de la dominación española, impulsó á sus dóciles feligreses hacia un movimiento de odio intransigente contra el régimen holandés en que prevalecían las tradiciones calvinistas. La alianza se había hecho en Bélgica entre liberales y clericales contra el enemigo común, y